

Historia del arte español

Ernesto Ballesteros Arranz



60

Pintura española
contemporánea
1960-92

Lectulandia

En la Historia del arte español, como en la de cualquier país, lo más difícil, y para muchos lo más fácil, es recoger una serie de nombres, estilos, figuras, etc. que estudiar. Difícil porque no se sabe quienes son los mejores, ya que hablando de estilos artísticos es muy complicado llegar a determinar cual es la belleza por excelencia, cuando esta es algo subjetivo de cada espectador que la contempla y teniendo en cuenta que entran en litigio muchos elementos —y no todos objetivos ni igualmente valorables— que hacen recaer una mayor responsabilidad al efectuar esa valoración.

Lectulandia

Ernesto Ballesteros Arranz

**Pintura española contemporánea
(1960-92)**

Historia del arte español - 60

ePub r1.0

Titivillus 24-10-2017

Título original: *Pintura española contemporánea (1960-92)*
Ernesto Ballesteros Arranz, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Pintura española contemporánea (1960-92)

«Nada es más típico de la filosofía de la cultura reinante en esta época que el intento de hacer a la “rebelión de las masas” responsable del enajenamiento y decadencia de la cultura moderna, y el ataque se hace contra ella en nombre de la inteligencia y del espíritu».

ARNOLD HAUSER

En la Historia del Arte Español, como en la de cualquier país, lo más difícil, y para muchos lo más fácil, es recoger una serie de nombres, estilos, figuras, etc. que estudiar. Difícil porque no se sabe quiénes son los mejores, ya que hablando de estilos artísticos es muy complicado llegar a determinar cuál es la belleza por excelencia, cuando esta es algo subjetivo de cada espectador que la contempla y teniendo en cuenta que entran en litigio muchos elementos —no todos objetivos ni igualmente valorables— que hacen recaer una mayor responsabilidad al efectuar esa valoración.

En la historia de los movimientos pictóricos de la actualidad los problemas son todavía mayores por dos razones: la primera porque los artistas, en su gran mayoría, todavía viven y por tanto no podemos saber y menos predecir sus trayectorias pictóricas y en segundo lugar porque la historia necesita una perspectiva que en este caso es esencial para discernir la mera forma del momento de lo que perdurará en el fondo a lo largo del tiempo y lo que será tenido como norma de belleza en el futuro.

Al parir de estas reflexiones surgen otros dos problemas importantes; uno de ellos es el de la rentabilidad del arte o lo que es lo mismo, su cotización en los mercados de las galerías y subastas, que, a veces, aunque no siempre, está reñida con el arte. No es mejor ni peor un pintor porque se conoce mucho o poco, pues ejemplos de grandes pintores hemos tenido en la historia que han muerto en la más absoluta de las miserias y, por el contrario, algunos que se han hecho de oro y su obra ha sido posteriormente relegada, si no al olvido, si a una especie de segundo plano.

El segundo es la cultura pictórica oficialista y de museos, que no es siempre la objetivamente más válida o la que hay que tener en cuenta, sino la que se somete, en

muchas ocasiones, a las reglas de unos arquetipos propuestos desde arriba o que se quieren imponer a la sociedad.

Dicho esto, no obstante hay que reconocer que gracias a las galerías, los museos estatales y a que la pintura es su medio de vida, el artista puede llegar a pintar lo que siente, lo que le dicta su arte y, en definitiva, ser un creador totalmente personal y libre.

Para este trabajo, una vez hechas estas aclaraciones, hemos tenido en cuenta una serie de criterios, por supuesto subjetivos, para elaborar el elenco de autores que presentamos en las postrimerías del siglo xx sobre la pintura española del momento.

En primer lugar hemos escogido pintores cuya referencia podemos encontrar en los periódicos, los medios de comunicación social en general, revistas culturales específicas del momento, exposiciones más o menos multitudinarias y, por supuesto, en el asesoramiento de algunas galerías de arte actuales.

Una vez introducidos en el ordenador los nombres, se les ha aplicado una serie de circunstancias, que eran las que iban seleccionando los mismos para quedarnos al final con los 32 del presente trabajo.

Estas circunstancias han sido: pintores españoles que están trabajando; que han nacido entre los años treinta y sesenta, los primeros para hablar de una generación de postguerra más entroncada con la pintura informalista, abstracta, cubista, etc. pero también realista. Los segundos, sobre todo los de los nacidos en los años cincuenta y sesenta, porque constituyen la nueva savia que va a entrar en el año 2000 y que son los que están trabajando ahora y creando la pintura, movimientos y experiencias del futuro más cercano.

Entre estos últimos se ha escogido no a los mejores, cosa altamente subjetiva, sino a pintores que están trabajando de una forma continuada, o experimental, o con alguna otra característica muy particular, pero a la vez que sean algo conocidos, porque tienen abundantes exposiciones, cuadros en museos, principalmente el Museo de Arte Contemporáneo, el Reina Sofía, etc., y porque según muchas reseñas es posible que en el futuro destaquen, aunque esta razón no es la principal, ya que es un futurible.

Otra circunstancia que hemos tenido en cuenta ha sido el recopilar un grupo de mujeres, con las mismas características de los hombres, ya que al consultar cualquier catálogo de exposiciones se palpa que la mujer, también en este campo, se abre paso por sus propios méritos ocupando un puesto ya importante y no como hasta ahora que era muy limitado el número de las mismas.

No obstante todavía hoy no es muy abundante, en relación a los hombres. Así pues analizaremos un grupo de mujeres, casi todas realistas, y en muchos casos intimistas, también con la idea de ayudar al profesor que lo desee a elaborar un tema monográfico sobre la similitud o disimilitud de la pintura femenina y masculina.

El orden en el que hemos colocado los pintores no es inamovible, es a título personal y nos hemos decidido por presentar primero los nacidos en las primeras generaciones tratadas para completar el tomo anterior en el que no podían faltar algunos que luego han tenido una trayectoria importante, para que el profesor tenga un gran elenco donde escoger los que a su gusto o juicio merezcan más la pena.

Inmediatamente después proponemos el grupo de mujeres y, a continuación, el de los artistas que han nacido después del año 40 y que se encuentran hoy en su apogeo creativo.

Dentro de cada grupo la forma de presentarlos es por orden alfabético, ya que en este final de siglo es muy difícil o casi imposible agruparlos por estilos, pues es muy libre la creación actual y nadie se ata ni a un estilo ni a unas normas definidas.

Y precisamente llegamos al punto más difícil de nuestro trabajo: la agrupación por estilos. Si exceptuamos la clasificación en realistas y abstractos, todas las demás clasificaciones están fuera de lugar por lo que antes hemos dicho; de aquí que al hablar de cada autor se expondrá su biografía brevemente, su estilo, a qué movimiento pertenece, si es que pertenece a alguno, qué técnicas usa y qué temas trata.

Dicho lo que antecede pasamos a estudiar los pintores seleccionados para lo que se presenta una diapositiva con un cuadro representativo de su trabajo, estilo o experiencia, tratando de que sea lo más reciente posible para tener un mayor acercamiento a lo que está trabajando en estos momentos cada uno.

1. Eduardo Arroyo. «Camarote de los hermanos Marx» (1991). Óleo sobre lienzo

Arroyo nace en Madrid en 1937. Tras sus estudios de Periodismo y su fugaz incursión en el mundo de la narrativa, se instala en París donde empieza a tomar contacto con su mundo artístico, decantándose hacia una pintura narrativa, llena de alegorías y mixtificaciones, siempre siguiendo la línea del Pop y la realidad crítica. En esta primera etapa encontramos muchos temas alusivos a su exilio, estableciéndose una relación entre sus telas de esta época y la realidad española del momento. Más adelante su obra se irá esquematizando dentro del realismo, aunque a la vez se pueble de elementos; es el hombre que pinta las cabezas y los sombreros, con una línea fina y rellena de color, un color fuerte, a veces chillón. Sin embargo tiene algo de siniestro, en esas figuras de gabardina o abrigo negro y el sombrero calado. Diríamos que Arroyo es el cine negro de la pintura, no solo por sus personajes con sombrero, sino por las sombras que se aprecian siempre en sus cuadros. Busca una planificación que ocasionalmente podría recordar a un dibujante de cómics. Quizás se ponga este extremo más de manifiesto en su obra gráfica. En definitiva, es un pintor fuerte, con acusada personalidad y, a veces, con un cierto cinismo en su obra.



2. Juan Barjola. «Gentes de periferia» (1987). Óleo sobre lienzo

Barjola nace en 1919 en Torre de Miguel Semero (Badajoz), donde estudia Artes y Oficios pasando a la Escuela de Bellas Artes de San Fernando de Madrid con posterioridad. Desde sus comienzos su obra se centra en la representación de la figura humana, dando una gran relevancia a los volúmenes que la configuran, en un estilo expresionista a la par que naturalista, recordando a pintores anteriores como Modigliani o Picasso. El cuadro es para Barjola un acontecimiento total y un instante, a la vez, una secuencia de un continuado proceso que configura su obra. El significado y el significante tienen una gran relación, ya que para él una señal es todo un mundo. Una vez él mismo definió su estilo como «El cubismo sincronizado con el expresionismo». Más adelante encontramos un período en el que trata de expresarse en distintos lenguajes, todos de gran fuerza expresiva que podríamos resumir en figuración e informalismo, con un cierto toque de crítica social. En sus últimas obras hallamos una mayor libertad de pincelada junto a unos colores más luminosos que dan cuenta de su madurez artística.



3. **Bonifacio Alfonso. «Cretinos» (1988). Óleo sobre lienzo**

Bonifacio Alfonso, a quien se conoce simplemente como Bonifacio, nace en 1934 en San Sebastián donde estudia Artes y Oficios Artísticos. Vinculado en su adolescencia al mundo del toreo, hecho que condicionará cierta temática de su obra. Pudiéramos denominarlo como un «destructor de volúmenes» a la vista del tratamiento que de ellos hace, hecho que repite en cuanto a la simetría. No hay eje en su obra, aunque sí volúmenes temáticos. Sus campos son la pintura, el dibujo y el grabado en aguafuerte. Luego de una etapa figurativa deriva hacia una corriente abstracta caracterizada por imprimaciones muy pálidas, grafismos transparentes, sensuales y líricos. A partir de su traslado a Cuenca su creatividad se acentúa de una forma gestual de amplia pincelada, rico cromatismo y un toque barroco, en algún punto, cercano a la saturación. Utiliza formas de larvas e insectos relacionándolos con la caricaturización del ser humano. Hábil dibujante, simultanea su labor en obra gráfica. Ya en su etapa madura se observa una evidente unión con la iconografía, ya una constante en su obra; fondos negros, siluetas brillantes, ricas y llenas de movimiento. Hay una aglomeración de formas inacabadas en una denuncia del proceso despersonalizador que los tiempos nuevos provocan en el ser humano (rostros, manchas, figuras entrelazadas, etc.).



4. Juan Manuel Caneja. «Paisaje» (1974). Óleo sobre lienzo

Caneja nace en Palencia en 1905. Abandona una incipiente carrera de Arquitectura para dedicarse de lleno al mundo de la pintura. Es discípulo de Vázquez Díaz y buen amigo de Benjamín Palencia, de los que adquiere su influencia. En un principio pinta teniendo como referencia, leve pero real, a Picasso. Sin embargo, el cubismo no va a dejar honda huella en su obra. Es evidentemente un artista abstracto y, en cierto modo, geométrico, sin olvidar su toque de cubismo ya mencionado. Su pintura es muy trabajada y elaborada, al menos en su concepción, así como muy sugerente. Parte de ella, y en cuanto a los temas, es la geografía de una región: su Tierra de Campos, descompuesta por la luz y por su imaginación. Sus paisajes resultan tenues, leves, temblorosos, amarillos de los trigos, de rastrojos, de paja, ocres de la tierra cultivada, pero todo descompuesto, parcelado en imágenes casi geométricas. No hay figuras porque el paisaje en sí lo es todo. Sus campos, sus tierras y sus cielos se superponen en una geometría que no acaba, que gira sobre sí misma, incluso cuando pinta la figura humana o un jarrón se convierten en elementos que forman parte inconsciente del paisaje, se integran en él, como si el cuadro constituyera la naturaleza misma. La suya es una pintura sólida, con colores fuertes y atrayentes, aunque a veces puede ser útil y suave; llena de matices y de una gran profundidad interpretativa.



5. Antoni Clavé. «Oeil vert, oeil rouge» (1974). Técnica mixta

Clavé nace en Barcelona en 1913 en cuya Escuela de Bellas Artes cursa sus estudios. Empieza haciendo carteles para cines. En 1944 conocerá a Picasso lo que influirá bastante en su obra. Su trabajo es una constante consecuencia de la experimentación con los materiales y las técnicas artísticas. En un primer momento trata el *collage*, partiendo de un figurativismo intimista que se va esquematizando progresivamente. Ha usado también, como soporte, el aluminio grabado de *offset*. Su cromática es básicamente el rojo y el negro, en manchas que se contraponen, unidos a una especie de sellos con caracteres japoneses, fruto quizás de su estancia en aquel país en el año 1986. Experimentó con materiales como el plomo, la pintura sobre tapiz, relieves, ensamblajes y, más adelante, montajes con cuerdas y maderas, papeles de embalar arrugados, etc. Es un pintor abstracto total, abierto a todo tipo de técnicas: trozos de grabado, huellas dejadas por el tiraje del grabado, rastros de tintado en la materia que al principio es aún virgen y que él transforma simbólicamente. Crea *patchwork* de tejidos, tapices, papeles pintados, estampados, etc. que se remiten a la idea del pasado o del presente y que se insertan en el cuadro. Es uno de los mayores representantes de la abstracción del panorama español actual.



6. Modest Cuixart. «Infantina Tortolí» (1977)

Cuixart nace en Barcelona en 1925. Abandonó sus estudios de Medicina para dedicarse por completo a la pintura. Comienza haciendo un trabajo totalmente expresionista que evoluciona hacia un surrealismo plagado de imágenes oníricas y fantásticas, a lo largo de toda la década de los cuarenta. Por fin en los años cincuenta comienza a realizar obras abstractas marcadas por el grafismo informalista. Forma con otros artistas, escritores, filósofos, etc., el grupo «Dau al Set» que instaura las bases de la pintura informalista abstracta. En su obra más madura y personal se aprecia una gran fascinación por la materia que en sus manos se convierte en formas orgánicas blandas, tocadas levemente de las formas de Gaudí. Más adelante se fija en la figura humana, sobre todo la femenina a la que va a dotar de un colorido y un erotismo notable y luminoso como se aprecia en la diapositiva presentada. Esta idea hace que vaya introduciendo cada vez más en su obra la figuración que no contradice en absoluto su abstracción. En este aspecto Cuixart es de los pintores a los que se les podría denominar con justicia abstracto figurativo, marcando el peso principal en esa abstracción.



7. Francisco Ferreras. «Collage n.º 723» (1974)

Ferreras nace en Barcelona en 1927. Se traslada a Tenerife en cuya Escuela de Artes y Oficios estudia. Viene a Madrid y acude a la Escuela de Bellas Artes de San Fernando donde hace pintura mural con Vázquez Díaz y Ramón Stolz. Comienza haciendo una pintura figurativa y geométrica que evoluciona en los años cincuenta a una abstracción a veces geométrica también, aunque otras no tanto. Más adelante usa elementos matéricos para sus abstracciones, como la arena. Ya en los años sesenta experimenta con otros materiales como la seda y comienza su más larga etapa en cuanto a la técnica que aplica: el *collage*. Son *collages* en los que emplea todo tipo de materiales. Básicamente usa el amarillo, el blanco y negro, al principio, evolucionando después a una mayor dramatización en sus grises. En los años setenta comienza a realizar cuadros de gran formato donde el informalismo va desapareciendo para dar paso a formas más concretas y donde los colores se van aclarando. Los temas de Ferreras difícilmente se pueden «coger»; las cosas que revelan su obra es difícil abarcarlas cronológicamente. Se podrían definir como lo «perdurable». Así genera en sus cuadros la imaginación de un espacio sin límites.



8. Luis Feito. «Pintura n.º 1444» (1987)

Feito nace en Madrid en 1929 en donde estudia en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. En 1954 es becado por el Gobierno francés. Es miembro fundador del grupo «El Paso», con Saura, Rivera, Millares, Canogar, etc. Su obra está marcada desde el principio por el juego de contrastes que da como resultado un lirismo elegante y muy personal. Comienza siendo un artista figurativo hasta que, tras una experiencia cubista en los años 50, se convierte en abstracto. Es una época en la que usa un color de base con líneas rectas o curvas que se entrecruzan semejando pinturas paleolíticas. Esas líneas van convirtiéndose en manchas y poco a poco van confundándose con el fondo, a la vez que dramatizándose y sugiriendo una mayor pasión. En los años sesenta entra a formar parte de su paleta el color rojo con una importancia capital, creando esas abstracciones en rojo y negro tan características suyas. Así llegamos a los setenta donde los fondos de sus obras cobran más importancia que las manchas; inicia su principio de abstracción geométrica que ya no abandonará. Fondos más o menos manchados, con triángulos, estrellas, franjas, rombos, etc., serán sus principales temas durante la década de los ochenta. Es un artista que, en palabras de él mismo, se introduce dentro del cuadro y se deja llevar por el momento en el que vive y las sensaciones que le producen. Es, por tanto, un pintor vitalista más que racional. Sus cuadros son grandes y en ellos abarca prácticamente todas las técnicas, de las que posee un auténtico dominio.



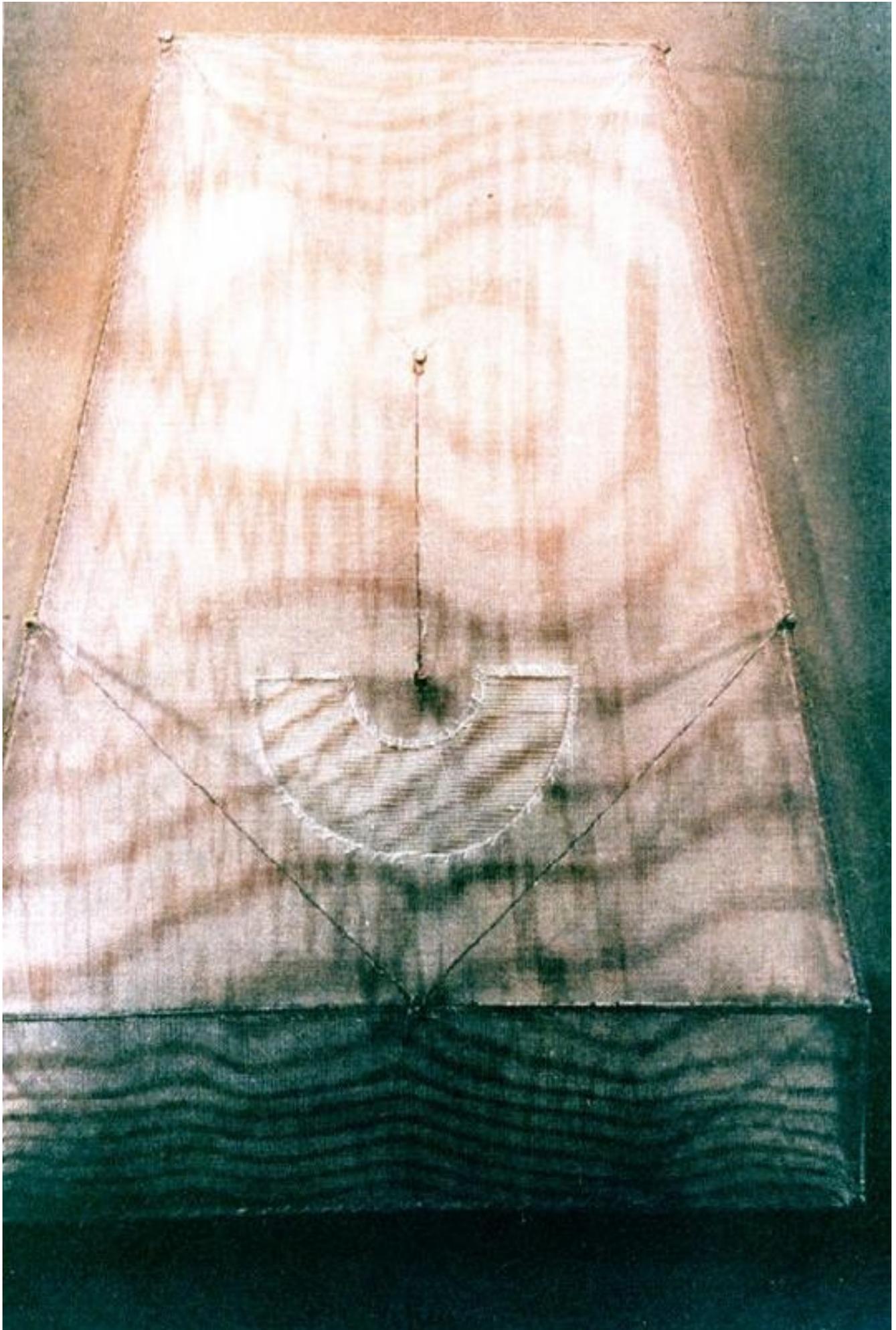
9. Antonio López. «Terraza de Lucio» (1991). Óleo sobre tabla

López nace en Tomelloso (Ciudad Real) en 1936. Pintor y escultor, estudia en Madrid, primero en la Escuela de Artes y Oficios y luego en la de Bellas Artes de San Fernando, donde destaca ya por su maestría como dibujante. Desde sus comienzos su tendencia es claramente realista, como reacción a las corrientes abstractas tan en boga en los años cincuenta. Su obra representa el mundo que le rodea, tanto cuando pinta paisajes como interiores, si bien hay que anotar unos toques de surrealismo no solo evidente por sus personales encuadres, sino por su técnica minuciosamente detallada que utiliza para plasmar en los objetos cotidianos un innegable aire de misterio. Surge así un universo transparente y utópico. Lo real obedece a la norma académica mientras que lo mágico aparece con notoria arbitrariedad, que poco a poco se nos descubre como un juego exacto y calculado con una métrica equilibrada. El artista sabe elegir la manera de narrar el instante, el momento preciso aunque fugaz, en una perfección formal y con una tonalidad incitante; se diría que mirando su obra se puede adivinar más que el fruto de una experiencia, la experiencia misma. El carácter retórico del arte contemporáneo está ausente en Antonio López, pues construye realidades mismas entrando en contacto con los hombres y con las cosas directamente, resultando arte en su estado puro.



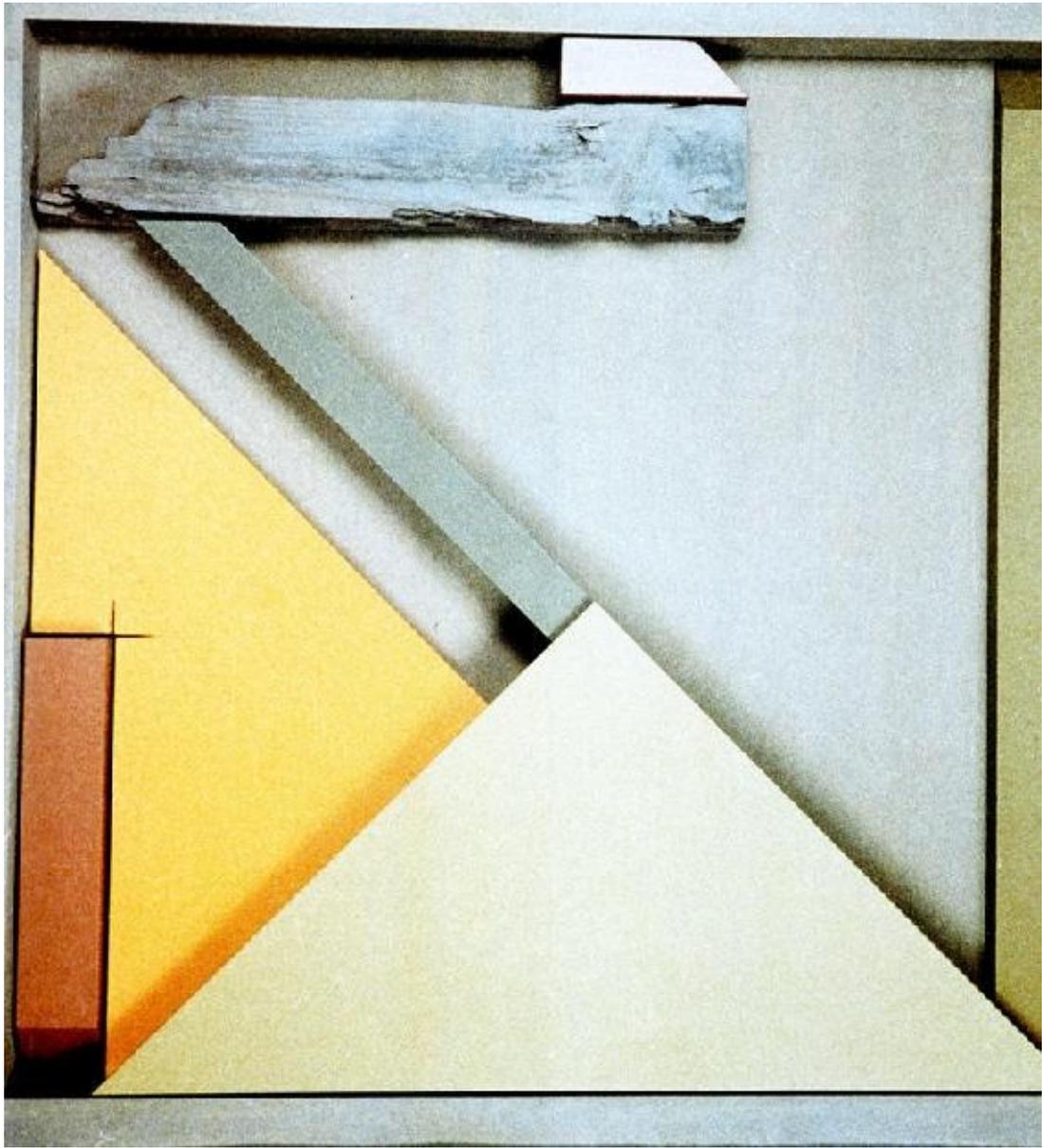
10. Manuel Rivera. «Espejo de una fragua» (1974). Tela metálica

Rivera nace en Granada en 1927. Cursa sus estudios de Bellas Artes en Sevilla. Viaja a Madrid y a París donde entra en contacto con los nuevos movimientos abstractos e informalistas. Inicia su obra con una tendencia hacia la búsqueda del espacio hasta llegar a un olvido casi completo de los materiales y utensilios pictóricos convencionales, pasando a utilizar casi exclusivamente la tela metálica para sus obras. Más tarde emplea un soporte o bastidor grueso para causar un mayor efecto espacial y luminoso. Los colores blancos y negros, básicos hasta ahora, van dejando paso a un más amplio abanico cromático. Los efectos ópticos que producen sus telas metálicas hacen que su obra se relacione con el arte Pop y el Cinético. La obra ya más elaborada y madura de Rivera nos ofrece al fin una factura muy trabajada, donde la tela metálica pierde importancia en si misma, para pasar a convertirse en un medio sofisticado, compacto y dinámico. El hombre de la tela metálica ha entrado en la historia del arte abstracto contemporáneo; su obra azota la amorfa masa lógica, trenza lo que se conoce y lo que se ignora, y nos invita a tener una fe ciega en lo que no se ve, desprendiéndonos de la temporalidad.



11. Gerardo Rueda. «Perspectiva-síntesis» (1988). Pintura sobre madera

Rueda nace en Madrid en 1926. En su primera época evidencia un interés e influencia de pintores como Stael y Morandi. Realiza cuadros cubistas y paisajes de sencilla configuración. Poco a poco su obra deriva hacia una pintura de corte racionalista y constructivo. Emplea objetos modulares de uso cotidiano, paquetes de cigarrillos, cajas de cerillas, cubos, maderas, etc... En sus composiciones se aprecia una configuración de carácter arquitectónico. Demuestra interés por todo, con un cierto desdén por lo pictórico. Trata de hacer compatibles la regla o la norma y la emoción como pretendía Braque. Es un pintor que ha demostrado gran capacidad para conciliar en su obra, y especialmente en sus *collages*, el rigor y la sensibilidad. Rueda es uno de los principales exponentes del arte abstracto de los años sesenta en España, junto con artistas como Torner, Sempere, Fernando Zóbel y José Guerrero. El ámbito de sus cuadros es dominado por el relieve, el carácter escultórico en el que marco, fondo y volumen se integran en una unidad basada en el color blanco, en la que se podría denominar su época del blanco. Pero esto mismo ocurre en su posterior etapa del abstracto geométrico y *collage*. En la obra de este pintor, los signos, los elementos de su belleza o de su retórica, son el color y la forma y, a partir de ellos, otras concordancias como la luz, el vacío, la línea, el volumen, la geometría, el espacio y la estructura como reflejo del poder del concepto y la razón de lo sensible.



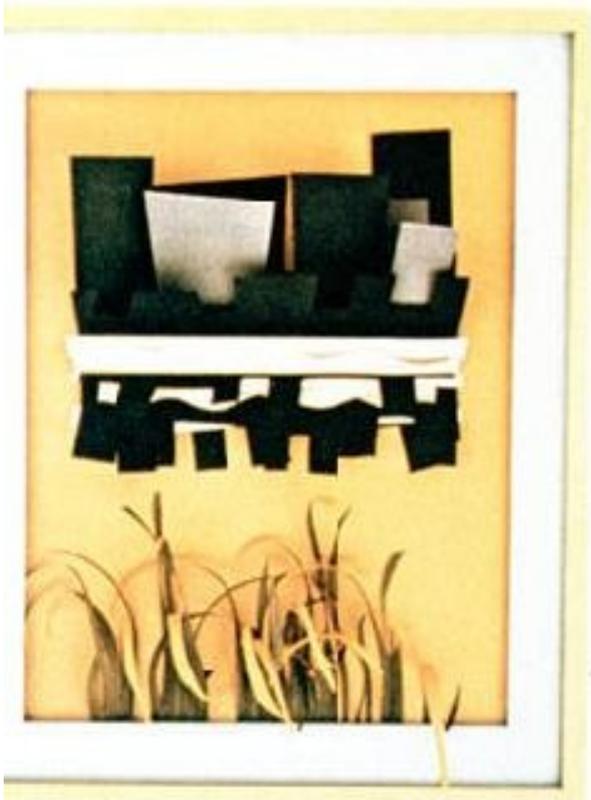
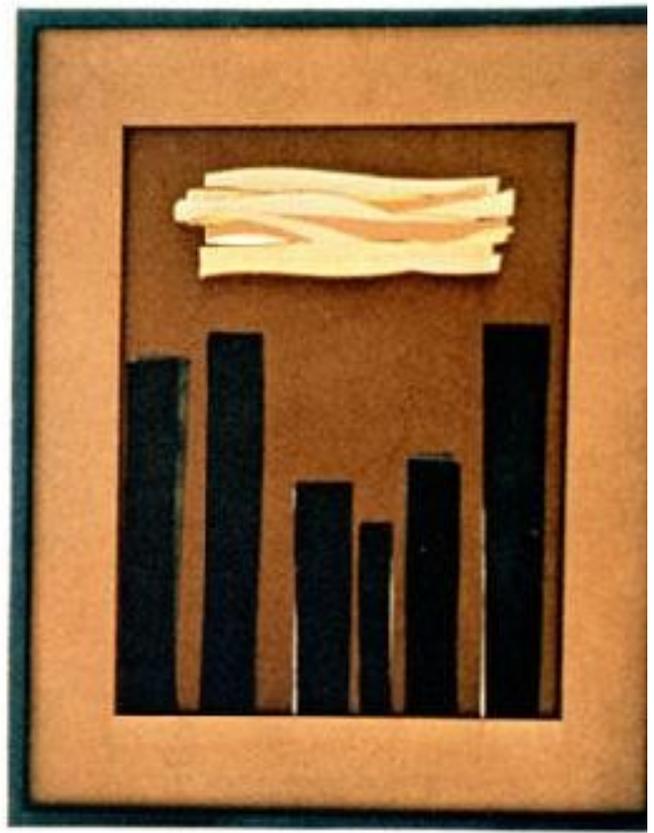
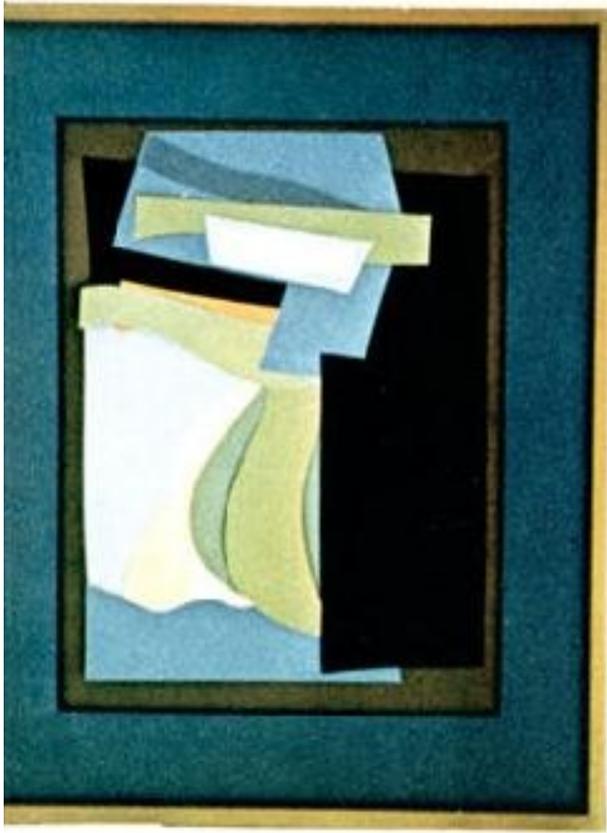
12. Darío Villalba. «Dos» (1991). Óleo sobre lienzo

Villalba nace en San Sebastián en 1939. Estudia Bellas Artes en la Escuela de San Fernando de Madrid. Va París y entra en contacto con André Lothe con quien trabaja. Comienza con figuras inmersas en cápsulas o burbujas de metacrilato, de línea claramente expresionista, que poco a poco van evolucionando hasta convertirse en jaulas de plástico aisladas y colgadas de soportes. Su trayectoria artística es amplia y compleja. Desde el principio se advierte en él un interés por la pintura gestual, cargada de referencias que con la evolución se van difuminando. Su obra es de una amplia iconografía de estrecha relación con el «Pop» y la «Neofiguración». También adopta algunas tendencias en boga, como la descomposición y recomposición de imágenes, sin abandonar en ningún momento el expresionismo. En su última época vuelve a recuperar la pintura como en sus comienzos, reencontrándose con el abstracto aunque en un tono más monocromo y ascético donde los brillos y las texturas nos hablan de connotaciones teológicas llenas de lirismo y elegancia. El artista habla del dolor, del desgarró de vivir, de la enfermedad y de la muerte como asuntos universales e ineludibles, como se aprecia en la obra que presentamos. Incorpora la fotografía a sus obras como un elemento más de expresión.



13. Gustavo Torner. «Impromptus, divertimentos, estudios y ejercicios» (1977-78)

Torner nace en Cuenca en 1925. Es ingeniero técnico forestal. En 1965 abandona el ejercicio de su profesión y se dedica a la creación plástica. Es un artista totalmente autodidacta. Colaboró con Gerardo Rueda en la creación e instalación del Museo de Arte Abstracto de Cuenca. También ha participado en la creación de diseños para la firma Loewe y en la renovación de diferentes museos españoles, entre ellos el del Prado. Comenzó haciendo una pintura figurativa que fue evolucionando a una abstracción. Posteriormente aparecen elementos conceptuales en su obra que ya no desaparecerán hasta hace poco. Usa mucho las metáforas y las equivalencias; en su mundo se funden realidades y apariencias; hace que los opuestos se toquen. Usa técnicas de todo tipo, desde la mezcla de diversos minerales como el feldespatos con el óleo, al latex con el mismo, raíces de boj, cáñamo sobre lienzo, arenas, chatarra oxidada, etc. En cuanto a la cromática en general, es muy colorista, aunque a veces alternando con superficies totalmente monocolors como el negro o el gris. Más adelante en el uso del *collage* va introduciendo un mayor colorido a la vez que una variedad mayor de formas, triángulos o rectángulos en un solo color y formando otras figuras. En la actualidad su pintura ha vuelto a ser más abstracta, constructivista y «minimal» que el *collage* donde se ha desarrollado la mayor parte de su trayectoria.



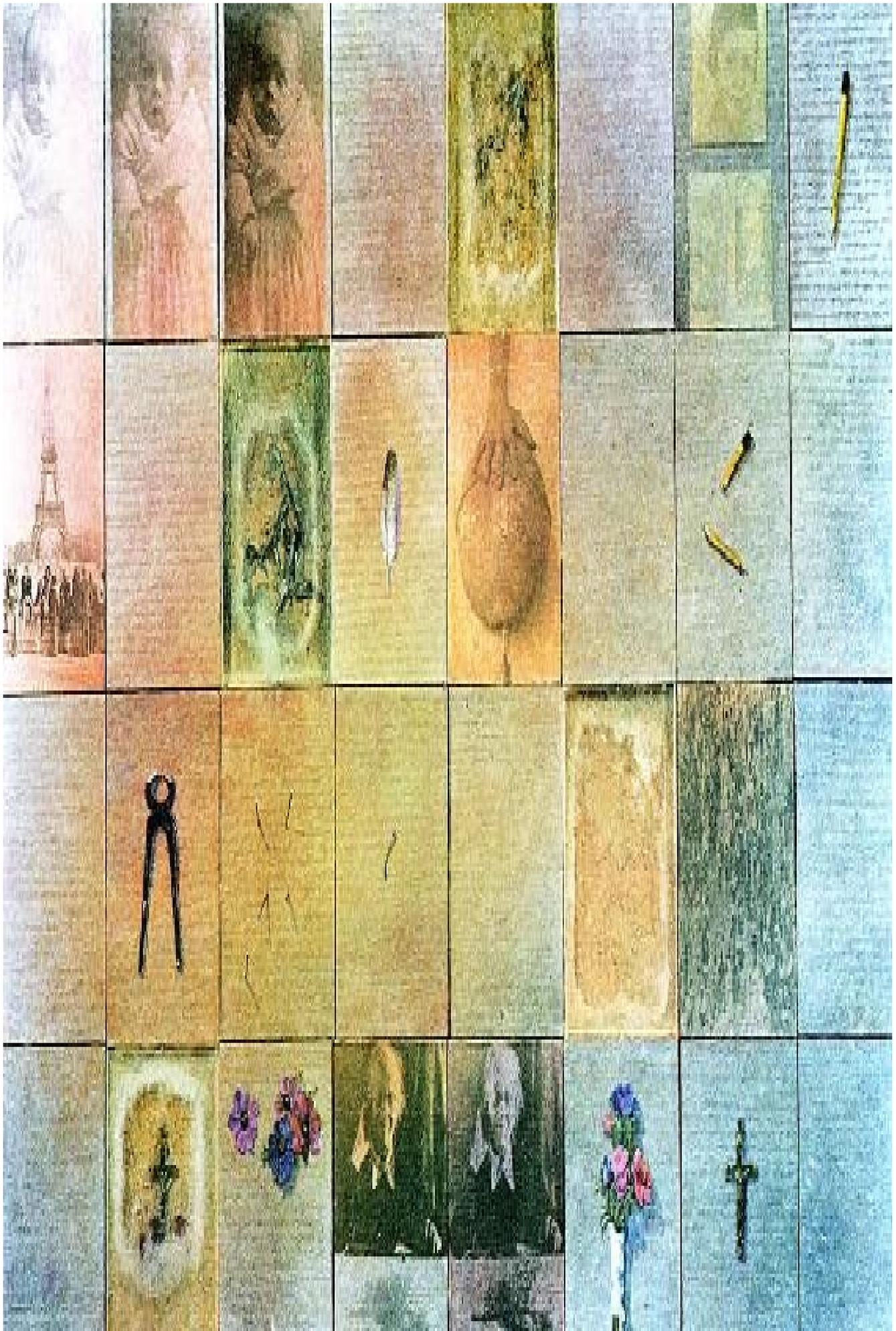
14. Amalia Avia. «Ministerio de Fomento» (1988). Óleo sobre lienzo

Amalia Avia nace en Santa Cruz de la Zarza (Toledo). Estudio pintura en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando de Madrid. Viaja a París donde, al igual que María Moreno, entra en contacto con el grupo de artistas que luego llegarían a formar los llamados «Realistas madrileños». Ya en sus comienzos apunta en su obra una clara tendencia realista, trabajando sobre temas urbanos y de su entorno en general, llenos de figuras sin individualizar. Utiliza colores sobrios lo que, unido a su temática, produce un ambiente triste y desolado. Su imagen del mundo llega al espectador limpia y transparente, pero nunca indiferente; casi puede resultar apasionada. Lo que ofrece siempre es lo cotidiano: casas de vecindad, barrios populares, muros de chalets, fachadas de tiendas, paisajes urbanos de cualquier gran ciudad presididos y cargados de soledad. Su obra madura nos habla desde un paisaje interior objetivo y testimonial, con un lenguaje natural y de gran hondura plástica. Utilizando las palabras a ella dedicadas por C. J. Cela diríamos que «... Amalia Avia es la pintora de las ausencias, la amarga cronista del por aquí pasó la vida marcando su amargura e inevitable huella de dolor».



15. Teresa Gancedo. «Discursos sobre la realidad» (1978)

Gancedo nace en León en 1937, vive en Madrid y Barcelona y estudia en la Escuela de Bellas Artes de Sant Jordi. En sus principios su obra se inicia dentro del mundo conceptual, dando un gran protagonismo a los procesos afectivos relacionados con un auténtico «realismo poético» y rechazando un planteamiento puramente intelectual. Ella misma afirma que la realidad no es objetiva, sino subjetiva, y siempre transformada por la más estricta honestidad y que se halla inmersa en todo cuanto ocurre a nuestro alrededor. El espacio se crea en un primer lugar como un apoyo para todos los otros elementos; su intención es que este espacio y esos elementos comuniquen su identidad en un continuo diálogo, en una relación bidimensional y tridimensional. Trata el color de la manera más soberbia posible. La artista profesa una absoluta fidelidad al color del objeto a través de la superficie de la pintura, los tonos grises juegan un importante papel con sus grados, sus transparencias, su luminosidad, en fin. En esos elementos —espacio, color, objetos— Gancedo incorpora el tiempo como señal del deterioro del sujeto. Las imágenes utilizadas están siempre petrificadas, estáticas y son volumétricas. La movilidad nunca se presenta, se crea por la secuencia de imágenes en un espacio más o menos definido. Gran uso de símbolos religiosos, paisajes imaginarios y sombríos, el tiempo y el intento de asir lo que queda de su paso, son sus temas principales.



16. Clara Gangutia. «Oficinas de Lizarraturri» (1988). Óleo sobre Lienzo

Gangutia es originaria de San Sebastián donde nace en 1926. Cursa sus estudios de Bellas Artes en Madrid, en cuya Escuela de San Fernando toma contacto con Antonio López, circunstancia que influirá definitivamente en su posterior estilística. Habría que definir su obra como netamente realista, naturalista, íntima e intimista. Sus recuerdos de la ciudad natal o del Madrid que discurre a su paso forman parte importante en el conjunto de su obra. La naturaleza y su expresión le atrae de manera a veces fotográfica. Su pintura es de trazo fuerte, resuelto y con tonos claros y oscuros. Hay algo en la atmósfera de sus cuadros que pesa sobre la mirada. Un toque de impresionismo en el paisaje, un tono de surrealismo (casa de Juan Ramón) y un expresionismo a veces perturbador, siempre interesante, hacen de ella una artista inquietante y de indudable modernidad. Su pintura, además, posee personalidad y una madurez que no es habitual en alguien de su edad, todavía. Detalles, colores y puntos de vista se ven enriquecidos por una carga emocional que resalta, deforma y hasta transforma esa realidad. El tamiz de la memoria le permite volver una y otra vez a paisajes que conoce, descubriendo valores que solo surgen de esa experiencia singular acumulada, repetidamente intensa que va apareciendo en sus cuadros.



17. María Moreno. «Naturaleza muerta de la sandía» (1990). Óleo sobre lienzo

Moreno nace en 1933 en Madrid, donde estudia en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. Es en esta etapa de estudio durante la que se relaciona y vincula profundamente a los llamados «Realistas madrileños», grupo de artistas que sin haber reconocido tener un código común en su trayectoria, sí forman un cierto movimiento conectado tanto a la pintura como a la escultura y al grabado. A lo largo de su vida artística su obra se ha desarrollado dentro de un estilo realista, sin ignorar en ningún momento las tendencias más actuales. En ella lo objetivo no es frío, es coloreado pero implacable. No deja que lo «femenino convencional» aparezca en nada; dibuja en la línea más dura del realismo, la que asombra por su concentración y exactitud. En ocasiones, lo contundente de su ejecución material resulta cruel y distante. Su pintura es, en fin, evocadora y hasta sugerente de un trasiego doméstico, en una posible rememoración de la cercana crónica familiar, reflejando en sus imágenes una existencia con el enigma de la incertidumbre humana, advirtiéndose en su obra un gran amor por los objetos pequeños que parecen rodear su realidad más inveterada.



18. Isabel Quintanilla. «Bodegón del membrillo» (1989). Óleo sobre tabla

Quintanilla nace en Madrid en 1938. Estudia en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, llegando a pertenecer con posterioridad al llamado grupo de «Realistas madrileños». Su obra se ciñe al realismo cotidiano y cercano cuyo principal elemento es la luz que lo invade todo con su precisa tonalidad. Paulatinamente se va observando un alto grado de deliberada problematización de las representaciones, que hace más nítidas, lo que produce efectos muy interesantes. La artista coloca su arte en los límites de la realidad, alcanzando un curioso y evidente equilibrio, y a veces paralelismo, entre esta y el surrealismo, aportando matices delicados y penetrantes. Quintanilla armoniza técnica con intuición e inspiración; hay un exquisito tratamiento de cada detalle dentro del conjunto de cada cuadro. Su trabajo afirma la vigencia de conceptos y módulos formales que en ciertos momentos del arte contemporáneo habían quedado caducos. Imprime su personal estética a las cosas y a los ambientes, universalizando lo más íntimo en aras de un lenguaje magistral.



19. Alfonso Albacete. «Dos continentes, n.º 9» (1983)

Nace en Antequera (Málaga) en 1950. Estudia Bellas Artes en Valencia y Madrid. Comienza su carrera dentro de un conceptualismo, trabajando todo al óleo e incluso llega a realizar dos esculturas. En esta época centra su atención en el espacio arquitectónico de su propio estudio y materiales. Pinta a partir de bocetos y apuntes del natural, respeta la tradición, lo que da a su pintura una coherencia interna. Es muy estructurado, y a veces algo geométrico. Su pintura en la actualidad parte de una estructura figurativa que al principio aparece desbordada por la luz y el color, influidos ambos por el Mediterráneo natal. Naturalista, refleja multitud de temas en sus cuadros. No obstante en la actualidad su pintura se ha vuelto más sombría y austera apuntando a temas enigmáticos, literarios y simbólicos. En su obra gráfica se afirma el dibujo y existe un mayor uso de grises y colores únicos.



20. Carlos Alcolea. «Mujer de Triana» (1991). Acrílico sobre lienzo

Alcolea nace en La Coruña en 1949; estudia Derecho en Madrid, pero abandona la carrera para dedicarse a la pintura. Siguiendo el ejemplo de Luis Gordillo en su lucha contra la vanguardia conceptual y antipictórica de fines de la década de los sesenta y comienzos de la siguiente, se une a otros jóvenes artistas figurativos. Al principio parte de un lenguaje de dos códigos para elaborar la realidad: el azar informalista y una elaboración del espacio abstracto. En él se aprecia ya una locura consciente de placer y buen gusto, como dice Juan Antonio Aguirre. Todo, por supuesto, saturado de color. No hay lugar para los grises, ni para lo sombrío. En cada pincelada se lanza de cabeza para taladrar la superficie de la pintura. En la actualidad es un pintor de caras desconocidas, pero que pueden ser familiares. Pintor figurativo, sus obras son de una frialdad enigmática complementada con dibujos y escritura. Usa un gran formato, formas gigantescas y una técnica de amplio sector.



21. Miquel Barceló. «Pluja contracorrent, 1» (1991). Técnica mixta sobre lienzo

Barceló, nacido en Felanitx (Mallorca) en 1957, es uno de los pintores jóvenes más conocidos en la actualidad nacional e internacionalmente; además se da la circunstancia de que lo ha sido en poco tiempo, debido, en parte, a un toque de genialidad que le rodea. Comienza a pintar muy joven y sus primeros temas son paisajes mallorquines. Viaja a París, Asiste a la Escuela de Artes y Oficios de Palma de Mallorca y se interesa por la pintura francesa contemporánea. Él ha dicho muchas veces que se inspira en el manierismo y el barroco, como algunos de sus cuadros lo atestiguan. Aunque comienza haciendo pintura abstracta y conceptual, enseguida se pasa a la figuración, no libre de cierta abstracción y por supuesto simbolismo, como se puede observar en la obra que presentamos y que fue realizada en 1991. Es un pintor de trazo seguro que utiliza fondos claros y cálidos, mezclándolos a veces con gama de grises. Su óleo está aplicado formando relieves más o menos circulares. Su pintura actual es de técnica mixta, óleo aplicado con espátula, los dedos y otros medios; también da ciertos toques de *collage*. Alterna cuadros muy grandes con otros más pequeños en un alarde de contraposiciones. En su obra gráfica se capta un dibujo mucho más claro y más luminoso, pero a veces también algo más abstracto. Hoy día es el pintor más famoso de las nuevas generaciones. Vive entre París y Mallorca.



22. José Manuel Broto. «Los órdenes li» (1990). Acrílico sobre lienzo

Broto, Zaragoza, 1949. Estudia en la Escuela de Artes y Oficios. De allí pasa a Barcelona donde toma contacto con Antoni Tàpies y con el grupo de artistas catalanes que, en los años setenta, se encuadra en la denominada neoabstracción, que a su vez, se veía influenciado por las pautas establecidas por el núcleo francés «Support-surface». Ya en París se abre a una pintura inmersa en campos de color pasado del «Minimal» al «Postminimal» hasta un nuevo encuentro con la tradición moderna, que se resuelve en cuadros plenos de color y de dimensiones espectaculares. Se adivina en su trabajo una fuerza motriz al hilo de la figuración; hay voluntad y pasión envueltas en tonalidades de fondo dorado a veces difuminado en tenues manchas. En su obra más reciente encontramos una combinación de fondos intensamente coloridos con impersonales formas geométricas representadas en lienzos sobrecargados de chorros de pintura.



23. José Manuel Ballester. «Hombre tumbado» (1985). Técnica mixta / poliéster

Ballester, nacido en Madrid en 1960, se licenció en la facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense de Madrid. Es un hombre joven y que en estos momentos está formando su personalidad pictórica. Su técnica va por los caminos del hiperrealismo, tanto en la figura humana como en el paisaje o monumentos, en los que a veces raya lo fotográfico. Lógicamente es uno de los pocos pintores españoles que en la actualidad se dedican a trabajar con esta técnica. Su trabajo es muy minucioso y no por ello carente, sobre todo cuando trata el paisaje, de cierto calor, aunque quizá sea mucho más frío cuando trata la figura humana como el cuadro que presentamos del «Hombre tumbado» en el que se aprecia una rigidez casi cadavérica y una frialdad en extremo que nos lleva a contemplar la muerte en vida. Sus temas principales son la figura humana y temas arquitectónicos. A veces usa cierta gama de grises tratando de dar un expresionismo a cuadros que, aparentemente son fotografías en blanco y negro, como las que versan sobre la Estación de Atocha y sus obras actuales que en ocasiones recuerdan esos trabajos periodísticos para dar la secuencia de las obras de un edificio o conjunto de edificios importantes. Resumiendo, se tiene aquí un exponente del hiperrealismo naturalista de un joven pintor que maneja una técnica mixta usando óleo, plomo, dibujo, poliéster, etc., según convenga a cada tipo de expresividad buscada.



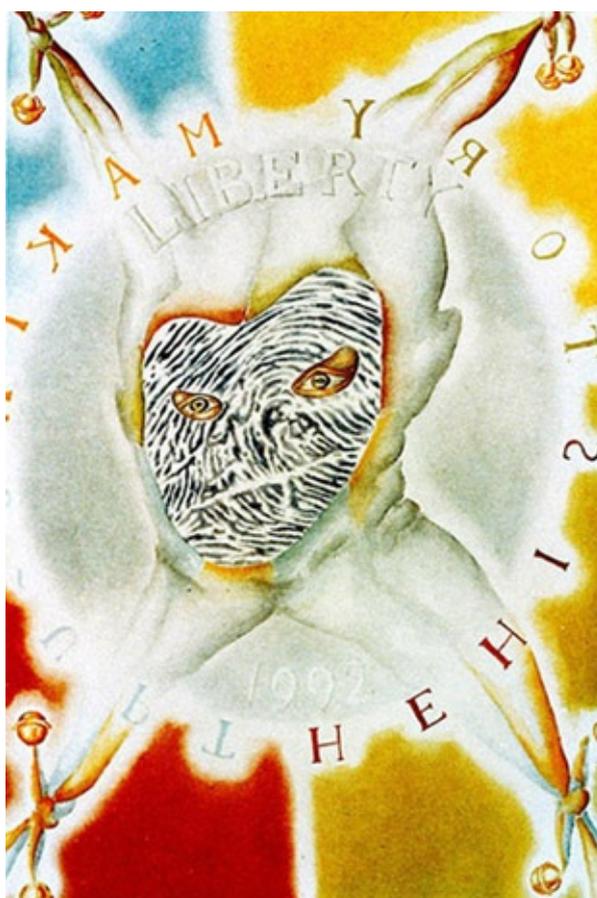
24. Miguel Ángel Campano. «Paisaje» (1983). Óleo sobre tela

Campano, nace en Madrid en 1948. Estudia Arquitectura y Bellas Artes en Madrid y Valencia. A principios de los setenta abandona el automatismo y entre 1973 y 1974 su pintura se hace abstracta geométrica por influencia, parece ser, de los artistas de Cuenca. Sin embargo, a partir de la mitad de los ochenta su pintura se hace más naturalista, pintando paisajes mallorquines debido a su estancia en las islas. No obstante maneja gran variedad de temas, como los bodegones, que a veces poseen unos toques impresionistas no exentos de cierto geometrismo, abstracción y surrealismo puestos de manifiesto en su trazado realizado con gran simpleza y rapidez, pero que muestran claramente el objeto a través de su atmósfera presente ahora como superficies trabajadísimas de color. Muchas veces se entrevé a Picasso o al menos el cubismo, pero en una nueva dimensión y proyección. Campano pinta abstrayendo de objetos concretos y reales.



25. Chema Cobo. «S. T.» (1991). Acuarela sobre papel

Cobo, nacido en Tarifa en 1952, forma con su paisano y amigo Pérez Villalta y otros pintores un grupo que se dedica a la pintura figurativa principalmente, sin olvidar un toque surrealista. Tiene una gran pasión por los objetos y el mobiliario neomoderno. Se surtía de él en los puestos del rastrillo de Tetuán donde acudía con asiduidad. Se muestra en esta primera época ávido de narrar, con una tensión entre una postura clasicista y la herencia de un cierto futurismo tocado de cubismo, sin olvidar su conexión con el «Pop» inglés y con la «Transvanguardia italiana». Posteriormente se hace mucho más profundo, más trascendente y más simbólico, tocando temas tradicionales españoles, teniendo en la mente a pintores como Picasso o Goya. Su más reciente trayectoria parece inclinarse hacia un cierto olvido del cubismo centrándose su interés en las figuras y el mensaje propiamente dicho, siendo estos más personales y algo más sombríos. En definitiva, y a lo largo de toda su trayectoria pictórica se puede observar una obra en la que el dibujo es base y referencia dando como resultado imágenes subjetivas, libres y enormemente expresivas y sugerentes.



26. Gerardo Delgado. «Triple colgado» (1978)

Delgado nace en 1942 en Olivares (Sevilla) donde estudia arquitectura. Inicia su trayectoria artística en una línea racionalista utilizando elementos modulares y creando estructuras manipulables y preparadas para ser ordenadas o «clasificadas» por el propio espectador. Más adelante su obra deriva hacia espacios sin una referencia clara, también denominada «nueva abstracción», sin previos ni formales elementos, en busca de una expresión personal. De esta forma su pintura adquiere una espacialidad aformalista en la que se yuxtaponen elementos contradictorios, creando un ambiente ambiguo y sin referencias, hecho este que resulta muy atractivo para el artista. Es evidente el desinterés por el dibujo frente a un paradójico y cuidado planteamiento previo del croquis y el boceto. En su obra más reciente aparece una mayor densidad de la pasta pictórica, así como rasgos gestuales y expresionistas, utilizando objetos de detritus para incorporarlos a las superficies de sus cuadros. En resumen, sus pinturas se pueden inscribir en una figuración expresionista en un principio y una posterior y pura abstracción geométrica, con unos colores apagados en los que predominarán los grises.



27. José Hernández. Privilegios deshidratados

José Hernández, nace en Tánger (Marruecos) en 1944, donde estudia delineación, profesión que ejercerá en Madrid y marcará posteriormente su obra. En primer lugar hay que decir que Hernández es un pintor original, muy personal y que huye de las modas, de lo que se lleva o lo que se vende en las galerías. Su pintura es fruto del sueño de la razón; sus monstruos o figuras humanas transformadas y deformadas, nacen de un movimiento racional de su subconsciente o inconsciente. De trazo firme y dibujo perfecto, donde más se pone de manifiesto es en su obra gráfica; sin embargo en su obra en color también aparecen líneas arquitectónicas, o más bien arquitectura renacentista y barroca principalmente, como marco o escenario de sus fantasmagorías. Pinta más en blanco y negro que en color, pero esto potencia su expresionismo y a veces le da un tono de dramática acentuación plástica. Colorista en sus obras más importantes como la que aquí se presenta, manierista a veces, su dibujo es hiperrealista. La idea de lo eterno se contrapone a la imagen de descomposición que se palpa en la ruina presente en su obra. Sus temas, realistas como su pintura y sus grabados que son numerosos, no son a veces muy digeribles, pero es muy difícil ser realista y original a la vez.



28. Jesús Mari Lazcano. «Keper» (1990). Lienzo y zinc

Lazcano nacido en Vergara (Guipúzcoa) en 1960, es profesor de la Facultad de Bellas Artes de Bilbao. Al principio su obra trata de unificar y sintetizar los elementos característicos del paisaje romántico: lo sublime y lo siniestro y dramático. En la actualidad es uno de los exponentes más importantes de nuevas formas pictóricas: por sus formas y por sus temas. Por sus formas, ya que es un pintor que mezcla la arquitectura con la pintura de una forma muy expresionista. Lleva a tal extremo esta suma que sus pinturas son cuadros dentro de cuadros. De esta forma da una gran relevancia a la arquitectura o a su detalle. Por sus temas, es totalmente urbano, muy realista, a veces fotográfico, de temas neoyorquinos y, sobre todo, arquitectónicos, los malecones de Nueva York rascacielos, la parte superior de edificios destacables de su tierra, etc. Es un pintor muy abierto, colorista aunque tendente a dramatizar las luces. Su realismo geométrico y urbano le hacen ser, no un pintor extraordinariamente diferente a los demás, pero el enmarcado que hace de sus obras le da una originalidad importante. Se encuentra en los límites del romanticismo visionario y paradójicamente descubridor, una vez más, de la tradición enciclopédica de la ilustración.

TABULA III ORBIVM PLANETARVM DIMENSIONES, ET DISTANTIAS IIII QVINQUE
REGVLARIA CORPORA GEOMETRICA CIRCULI IIII

MISTERIVM
COSMOPHATICVM

Fig 37



K E P L E R

M D X C V I I

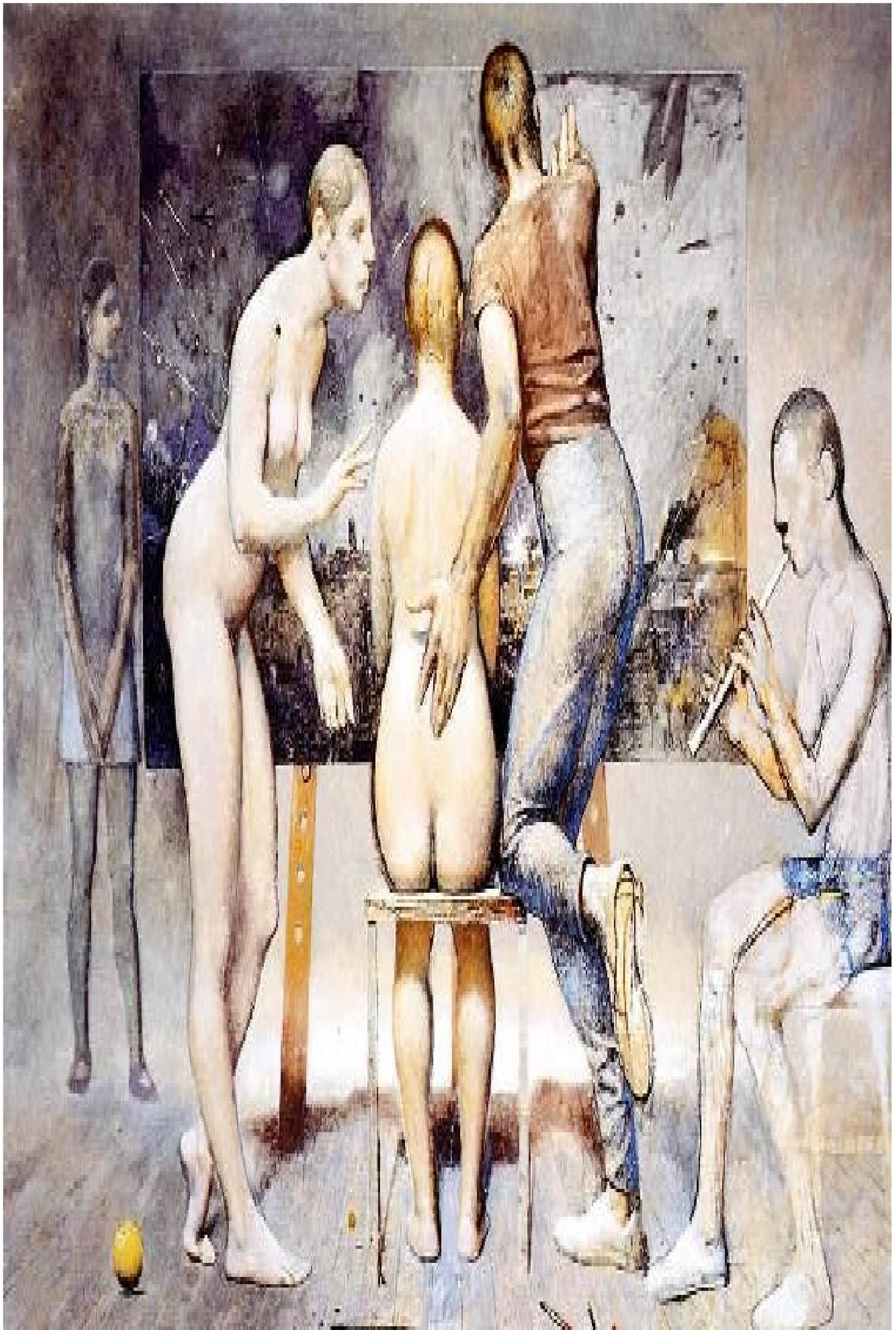
29. Guillermo Pérez Villalta. «Narciso y el molino de agua» (1989). Óleo sobre lienzo

Pérez Villalta nace en Tarifa (Cádiz) en 1948, y con Carlos Alcolea, Manolo Quejido y otros, forma el grupo de artistas de la figuración madrileña de los años setenta. Estudió Arquitectura unos años, abandonando después la carrera. Como otros de su generación y grupo, también él se siente influido por el Pop y el Minimal. Pintor realista, figurativo y expresionista, está dotado de un dibujo perfecto a la vez que de un recurso manierista unido a una oceanografía mitológica y clásica, apreciándose en él mismo sus estudios de arquitectura, ya que este es un elemento del que no prescinde fácilmente. Sus dibujos son, como él mismo dice, fruto de la razón; por tanto, desde ese punto de vista, serían pura subjetividad. Es un pintor barroco en su expresividad, con un cierto retorcimiento en las formas, a veces parece se quiere entrever a un Rubens sonrosado y con fuerza, como lo es la temática mitológica e histórica, y a veces paisajística, que usa, como se aprecia en la obra elegida. En ella podemos ver ese movimiento circular que parece no tener sentido, pero según el autor, produce energía. El agua que hace mover la noria del pensamiento tiene su manantial en las lágrimas de Narciso. También se refleja un cierto simbolismo en su obra.



30. Matías Quetglas. «El bombardeo de Bagdad» (1991). Acrílico sobre lienzo

Quetglas nace en 1946 en Menorca. Se traslada a Madrid donde estudia Bellas Artes. Condición definitiva y constante a lo largo de su carrera es la versatilidad que le lleva a probar, no solo en el campo de la pintura, sino en el del grabado y otras expresiones artísticas, como la escultura y el dibujo. En sus obras se descubre un continuo afán por experimentar técnicas nuevas, un aventurarse en campos desconocidos para sorprender al espectador. Su iconografía tiene una estilización que nos invita a mirar atrás, pues aparecen de nuevo escenas pasionales obsesionado como está por estudiar e indagar en la idea del artista y la modelo que ya utilizaba anteriormente. Su temática principal en la actualidad es la figura humana y en gran parte desnuda; sus formas tienen reminiscencias picassianas y a veces, como en este caso, simbolismos muy actuales que se plasman, incluso, en el título. No es la imagen lo que busca Uslé, sino conformar unos simbolismos, unos campos de color, que susciten su particular significado en el espectador que le contemple. A veces da la sensación de un cierto impresionismo con un punto dramático; no obstante, a principios de los años ochenta, pinta con fuerza temas humanos dejándose llevar de una profundidad evidente en sus pinceladas. A medida que pasan los años su abstracción encamina su obra hacia lo desconocido, hacia regiones no familiares, perseguido por recuerdos del pasado e impresiones del futuro.



31. José María Sicilia. «Tulipa» (1985). Acrílico sobre lienzo

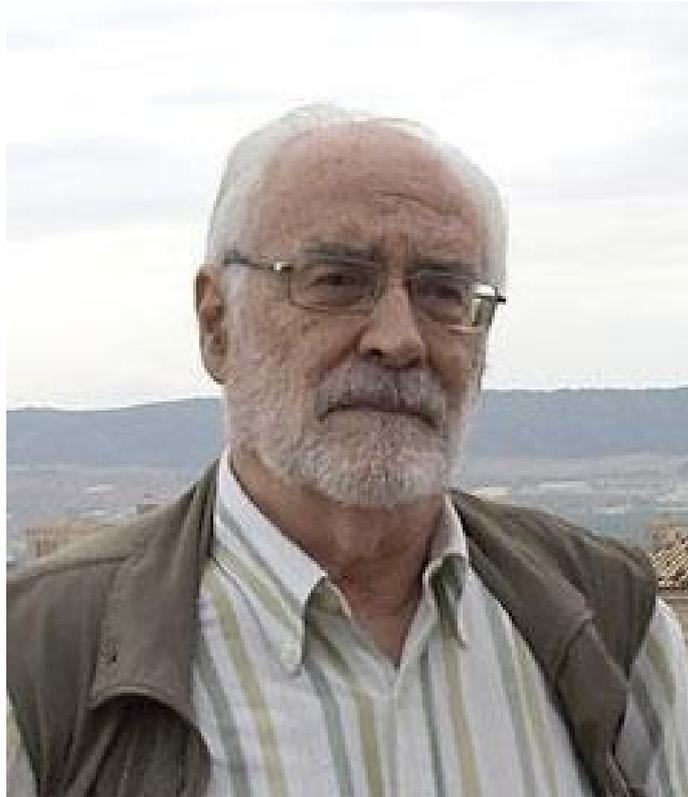
Sicilia nace en Madrid, donde estudia Bellas Artes, para posteriormente trasladarse a París. Su primera obra es de trazo suelto y agresivo, evolucionando hacia un estilo expresionista. Utiliza la distorsión ilusionista del plano, basada en la superposición de dos concepciones contradictorias de espacialidad y temporalidad. El mar está presente como tema básico así como diversos objetos de uso cotidiano (cubos, aspiradores, planchas), convirtiéndolos en protagonistas de sus cuadros, donde la pintura no está en ellos, sino en el espacio entre dos imágenes, dando gran importancia a las texturas y tratando de equilibrar lo transparente y lo opaco, el orden y el gesto, el fondo y la superficie, consiguiendo así dar a sus cuadros una intensidad dramática. Las formas surgen en función del reflejo que le proporciona la luz sobre la superficie. Sus pinturas quedan reducidas a construcciones mínimas en las que sin duda se desarrolla un profundo estudio del color.



32. Juan Uslé. «Veneno» (1990-91). Dispersión de óleo y pigmentos

Uslé, nacido en Santander en 1954, estudia Bellas Artes en Valencia y comienza a exponer en 1977. Tras una primera estancia en Nueva York se puede observar una evolución desde su primitivo expresionismo hacia una visión abstracta en su obra. Merecen ser tenidos en cuenta los aspectos de melancolía aislada y sigilosa relacionados con los problemas de forma y significado; desarrollados en planteamientos naturalistas y netamente subjetivos. No es la imagen lo que busca Uslé, sino conformar unos simbolismos, unos campos de color, que susciten su particular significado en el espectador que le contemple.





ERNESTO BALLESTEROS ARRANZ (Cuenca, España, 1942) es Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad Complutense y doctor en Filosofía por la Autónoma de Madrid. El profesor Ernesto Ballesteros Arranz fue Catedrático de Didáctica de Ciencias Sociales en la Facultad de Educación, además de su labor como enseñante en el campo de la Geografía, manifestó siempre un particular interés por la filosofía, tanto la occidental como la oriental, en concreto la filosofía india. Buena prueba de ellos son sus numerosas publicaciones sobre una y otra o comparándolas, con títulos como *La negación de la substancia de Hume*, *Presencia de Schopenhauer*, *La filosofía del estado de vigilia*, *Kant frente a Shamkara*. *El problema de los dos yoes*, *Amanecer de un nuevo escepticismo*, *Antah karana*, *Comentarios al Sat Darshana*, o su magno compendio del *Yoga Vâsishtha* que fue reconocido en el momento de su edición, en 1995, como la traducción antológica más completa realizada hasta la fecha en castellano de este texto espiritual hindú tradicionalmente atribuido al legendario Valmiki, el autor del Ramayana, y uno de los textos fundamentales de la filosofía vedanta.

Ha publicado también *Historia del Arte Español* (60 Títulos), *Historia Universal del Arte y la Cultura* (52 Títulos).